

San Ignacio de Loyola en su contexto histórico-social y la conformación de la Compañía

Roberto Martialay, S.J.

En la razonable pretensión de media hora de exposición sobre Ignacio de Loyola me he propuesto dos objetivos, como siembra de inquietud:

Primero, descubrir la intrínseca referencia de cualquier proyecto jesuítico a la persona del Fundador, en cuyo espíritu puso dios de forma eminente toda la virtualidad de que goce la Compañía, de suerte que el mejor proyecto jesuítico avanza a la par de una más honda captación de la figura de Ignacio.

El otro objetivo se refiere a la coincidencia entre la dimensión universal del salto y los ideales de la *Universitas*, especialmente *Catholica –kas’ólon–* que en rigor subraya la redundancia “Universidad Universal”.

1. Santos para la crisis

No es puramente convencional que la historia se divida en edades: Edad Antigua, Edad Media, Edad Moderna. Hoy se habla del fin de la Modernidad.

Cada uno de esos capítulos implica un transitorio equilibrio de la cultura humana. Y el paso de época está suponiendo unos cambios demasiado profundos en un tipo dado de sociedad, como para que ese equilibrio se rompa al faltar los factores que lo sustentaban.

Podemos convenir en que de los XX siglos de historia cristiana, los cinco primeros se adaptan a la Edad Antigua; los diez siguientes hacen la Edad Media, alta o baja; y los cinco últimos conviven con la Era Moderna de la cultura humana.

Acercando un poco la lente veríamos que la época antigua de la Iglesia se desenvuelve dentro del Imperio Romano en el equilibrio cultural heredado de los griegos, hasta la completa disolución del mismo Imperio.

Veríamos que la Edad Media se funda en otro equilibrio logrado en la Cristiandad, entre la Iglesia y los poderes públicos. Un equilibrio cuyo exponente mayor se nos ofrece en las armoniosas estructuras de las catedrales y en las Sumas Teológicas del saber.

El cambio de era se marca en el XVI con los trascendentales datos de los descubrimientos transoceánicos y consiguiente constatación de la redondez del planeta, que arrumba la concepción tolemaica del universo, más el hecho de la imprenta, que acelera el intercambio de conocimientos, poniendo en derribo muchas antiguas seguridades.

Anticipo para utilidad del oyente que otras dos importantes coincidencias señalan la hora cristiana propiamente dicha del cambio. A saber: el reto árabe a la cristiandad cesa por ahora con su expulsión de continente por Gibraltar; y la quiebra interior fragua con la protesta luterana en uno de los momentos más bajos del pontificado romano.

La Edad Moderna, que tiene como pórtico el Renacimiento, podrá definirse como la coincidencia de valores de la vida humana con los objetivos de la ciencia y las aportaciones del progreso científico-técnico por crear un modo de vida.

Es obvio que los intervalos entre una y otra era hayan sido tiempos particularmente marcados por la *búsqueda*, dentro de las fabulosas crisis motivadas con aquellos acontecimientos cambiantes fuera de serie. Y la misma historia se ha encargado de destacar personalidades absolutamente excepcionales, que empuñaron el timón de la cultura humana, conduciéndola con pulso sereno en mitad de la borrasca.

La iglesia, desde cuyo ángulo estamos enfocando esta ponencia por razón del contenido del Taller, contó también con esos hombres provinciales, como grandes hitos orientadores de su avance en la historia, situados en los grandes y críticos momentos.

Si quisiéramos resumir estas figuras colosales a nombres representativos, no sin la concesión que implica esta clase de esquemas, no dudaría en dar los de *Pablo de Tarso, Benito de Nursia e Ignacio de Loyola*.

Son estos tres nombres los de tres santos *bisagra*, que mantienen la serenidad en el cambiante de era, por lo cual su personalidad se vuelve perennemente atractiva a su estudio y evocación, y parece que siguen emitiendo destellos de su genialidad para iluminar los momentos de mayor confusión de la vida humana.

Cada uno de ellos, por así decir, ha roto *fundamentales fronteras*, que hasta su momento eran horizonte de la sociedad, para engolfarse en terreno desconocido y nunca trillado, en pos de la nueva síntesis.

Al decir *fronteras*, estoy incluyendo naturalmente las geográficas, pero abarco las fronteras del pensamiento o del espíritu, sin las cuales la vida humana no excede alas bestias.

2. El big-bang del Espíritu

Me van a permitir, por lo luminoso del texto, la cita de Hechos 1,8 donde *Jesús*, despidiéndose por última vez y anunciando a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, le dice estas retadoras y potentes palabras:

Serán mis testigos en Jerusalén, en Judea y Samaría, y hasta los confines del mundo.

No me puedo entretener en este bello comentario, que divide juiciosamente la lectura de los hechos de los Apóstoles. Pero me fijaré a mi propósito en la expresión y *hasta los confines del mundo*.

La frase nos confronta con el proyecto mundial de la evangelización y ante la idea de universalidad o catolicidad. Porque me pregunto: ¿cuáles eran los *confines del mundo* en la mente más despierta de aquellos oyentes del Maestro?

Sencillamente la cuenca del Mediterráneo, en la que se circunscribe el Imperio Romano. Pablo de Tarso, arquetipo escogido para esta primera etapa, lo que hace es saltar o salvar la frontera del mundo judío, al que pertenecían todos los apóstoles de Jesús, y abrir la Iglesia de salvación a los étnicos, a los no judíos. En el concilio de Jerusalén del 49, la Iglesia asume el reto del Imperio con Pablo, cuya obra es en síntesis trasladar el epicentro del *big-bang* de Pentecostés, que es Jerusalén, al centro del mundo y de la cultura contemporánea, que era Roma. ¡Gran arquetipo Pablo!

Pasa la era de los Apóstoles y de los mártires de la primitiva Iglesia, se diluye el Imperio Romano; los bárbaros del Norte invaden e imponen otro esquema, o por lo menos rompen el anterior. Los intentos de nueva síntesis se dibujan en los Imperios Carolingio y Bizantino; y mientras se marca la cicatriz de la primera división de

la Iglesia, la alternativa musulmana plantea tema de supervivencia cristiana durante toda la Edad Media.

Confusión y caos en los espíritus, mientras el mapa de Europa se completa con los países eslavos. Nuevos *confines del mundo* para la Iglesia.

La clave más importante para justificar la Iglesia Medieval, sobre la que pareciera haber permiso para decir toda suerte de vaciedades, la da el *monasterio benedictino*, la gran institución que sobre las bases del trabajo manual, el estudio y la alabanza divina funda la cultura occidental y, de paso, salva de destrucción de saber de la Antigüedad. Sin la obra de los monjes en sus escritorios ni siquiera sería posible el Renacimiento. Benito, el hombre que pone serenidad en la polvareda del mundo bárbaro y se adentra en las zonas eslavas con sus monasterios, como focos de cultural y de humanidad cristiana, abiertos al paso de soldados y peregrinos. ¡Gran puntal para la Iglesia *San Benito* y su fundación de Montecasino!

Diez siglos más. Esta vez sí que se funden las fronteras geográficas con la aventura transoceánica, hasta quedar el Mediterráneo reducido a una charca. ¿Cuáles son los *confines del mundo* de la palabra de Jesús?

Hay bellas coincidencias en el lenguaje humano.

Un día me encaminé a la Plaza de Castilla en Chacao y me detuve ante el lindo monumento a Isabel la Católica, en cuyo pie se leen ingenuas y grandiosas palabras de esta mujer, que se llama a sí misma “reina de España, del mar océano, y de las islas”. Uno no puede menos de esbozar la sonrisa ante tan gloriosa firma.

A mí, habitual lector de la Biblia, me trajo por resonancia aquel texto que dice: rendirán culto a Dios hombres de Oriente, de

Occidente y de las islas! Se ve que cuando a la mente humana se le borran las fronteras del propio reino, sólo alcanza a ver islas: sean éstas las Británicas o Haití con el Caribe.

Cuando muere Isabel la Católica (1504) se estaba aclarando aquello de *Tierra firme*.

3. Primeras fronteras

Por esa época Ignacio (mejor diré *Iñigo* hasta que reciba el grado de Filosofía, que latinizará el nombre *Ignatius de Loyola, Magister Artium*), Iñigo eran un mozalbete de 15 años, el hijo menor de un señor de nobleza media en un vallecito vascongado cerca de San Sebastián.

Tres de sus hermanos mayores, Juan, Beltrán y Ochoa, han ido a morir en la empresa europea que mantenía la ambiciosa política de Fernando el Católico: dos en Nápoles, uno en Flandes. Y un cuarto, Hernando, acabaría en Tierra Firme de la que será Venezuela. Tenemos sangre de Loyola bajo los pies.

El dato es interesante para saber que el estilo internacional del futuro santo se bebía ya en su familia, de esa manera.

Ignacio es hombre que salta fronteras, y quisiera que en mis limitadas posibilidades saludáramos esta faceta al compás de la presentación biográfica. Para dudas tienen mi librito que se lee en dos noches de insomnio.

El muchachito salta ilusionado el horizonte del verde valle prendido entre las puntas del Izaspi y el Izarraitz, y se adentra en la más soñadora aventura para un joven de su época. Ir a vivir en el castillo de la familia del ministro de economía de Fernando el

Católico, Don Juan Velázquez de Cuéllar, cuya esposa, Doña María de Velasco, organiza los mejores festejos para la reina, que ahora es Germana de Foix, la señora venida de Francia para intentar sucesión con el rey Fernando, en la idea de unir Francia y España. Intentos infructuosos y, por eso, desencadenantes de tensiones políticas, que dominan como telón de fondo el mapa europeo contemporáneo.

La vida misma le rompe a Iñigo algunas fronteras mentales, y también situacionales, encaminándole en la buena experiencia.

Porque, muerto el rey Fernando, a los diez años de aquella salida de Iñigo de vallecito de Loyola, su universo de placer y vanidad se le trastorna. En efecto: las Cortes teñidas en Aquisgrán otorgaban la corona de España al joven rey alemán, que se llamará por eso Carlos I de España y V de Alemania.

Para Iñigo, que ahora cumple 24 años, esto supuso emigrar a Toledo con la familia del Contador, que murió de disgustos causados por su enfrentamiento con la nueva política.

Encajando el primer revés de su vida, Iñigo acepta los 500 ducados y los dos caballos que le da Doña María de Velasco, más la recomendación de ponerse a la orden del Virrey de Navarra, don Antonio Manrique de Lara. Iñigo ya es el adulto dotado de prudencia y de energía para actuar dentro de los planes del virrey, que son su nueva frontera.

Eso en la vida práctica, porque en su imaginación vive las ensoñaciones propias de la época romántica, que tan oportunamente ironizó Cervantes, con las hazañas de caballerías, que son los *western* de su época.

“Y de Quijote seguirá teniendo Iñigo en el mejor sentido del término; de modo que hay un magistral ensayo de un vasco impor-

tante de la generación de 1898, que hace el estudio comparativo entre el personaje de ficción de la novela de Cervantes y el santo de carne y hueso Ignacio de Loyola. Una visión muy sagaz, como todo lo de Don Miguel de Unamuno”.

Lo que no sabe Iñigo es que esos mismos sueños e imaginaciones son su frontera mental, que tendrá que saltar para realizar su auténtica personalidad.

4. De la mano, como un niño

Ésta se fragua, como sabemos, a golpe de bala de cañón en el gran desempeño tras la defensa de la ciudadela de Pamplona, que dirige en servicio del virrey. La pierna rota y el bulto que le queda en la rodilla, impidiéndole ajustar la elegante bota militar, la larga y tediosa convalecencia en su habitación de Loyola bajo los cuidados de su cuñada Magdalena, estos hechos empiezan a minar el ánimo del gran iluso que aún llevaba dentro. Tan iluso que se entretiene imaginando enamorar a Catalina, nada menos la hermanita de Carlos V, nieta de Isabel la Católica, encerrada en su torre de Tordesillas. Puras ensoñaciones de gloria romántica.

La lectura de vidas de santos, San Francisco, santo Domingo, ¡San Onofre!, en aquellos grandes libros de *Flos Sanctorum*, que eran de las primeras creaciones de la imprenta, seduce de tal modo a Iñigo, desvalijado ya de experiencias frustrantes, que reconoció su mejor proyecto de vida en la imitación de los santos.

Aquí hay un salto de frontera importante, porque se pasa de la fantasiosa caballería romántica a la caballería del único rey que vale la pena, *Jesucristo*.

En pocos meses, el universo de la vida de Iñigo en servicio de la corte ha caducado, y lo encontramos voluntario mendigo en un

barrio de la villa de Manresa, cerca de Barcelona, al borde de Mediterráneo.

Van cayendo nuevas fronteras en proceso acelerado de vida interior. La frontera de una vida carente de sentido la atraviesa en una confesión, que dura tres días, con el abad del Monasterio de Montserrat. La frontera de su élite social la borra en el trato sencillo del pueblo manresano. La de su pasión lujuriosa se la salta con un voto de castidad, que hizo tras la visita sobrenatural que recibió de la Virgen María en su propia habitación.

Iñigo experimenta la vida mística, y si los momentos místicos son intraducibles, mucho más difícil es para mí reflejar en un cuarto de hora la trayectoria interior de un santo de dimensiones ciclópeas. Porque desde su cambiazó de Loyola se rige por la ley del discernimiento espiritual, que va aprendiendo *conducido por Dios de la mano*, dice, *como lo haría un maestro con un niño*. Pura PEDAGOGÍA.

Aprende pues por experiencia propia, en dimensión interior, la excelencia del *sabor* sobre el *saber*, porque *no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el gustar y sentir las cosas internamente*. Y en esa conducta, en esa pedagogía, va conociendo los buenos temporales del *buen espíritu*, para dejarse llevar por él en *consolación*, y los malos temporales, para *no hacer mudanza en desolación*.

Y si el saber literario lo simbolizamos en la horizontal serie de los libros de una biblioteca, óiganle decir tras la quietud puntual de una pausa mística, sentado junto al río Cardoner, que *aunque se perdieran los libros de las Escrituras, él retendría su contenido por lo que se le dio a entender en sólo ese rato de contemplación*. Los autores están contestes en que recibió allí en esencia el primer esbozo de la Compañía.

Iñigo embarca en viaje a Tierra Santa: nueva frontera.

¿Por qué eso? Porque en la etapa que está viviendo, la imitación de los santos medievales que ha leído le sugirió el ejemplo de ir a la Tierra de Jesús, que ya le enamora, en su deseo de imitarle más perfectamente.

Lo hace en pobreza total, dejando en la playa las monedas que había recolectado de limosna para subsistir... ¿Por qué tal escrúpulo? Porque el espíritu le impulsa a superar la frontera de la seguridad que da el dinero, cuyo apego todavía podía tentarle a desconfianza en la Providencia con afición desordenada. Cara afición desordenada es frontera interior de ser humano, que él se especializa en liberar por el magisterio de sus Ejercicios.

Así que en tierra santa ejercita la *contemplación imaginativa*, ver y tocar, "*como si presente me hallase*", para embeberse del Jesús histórico, indistinto del de la fe, dato fundamental de la construcción y el carisma ignaciano.

Pero ahora la vida le vuelva a hablar, esta vez por boca del prior franciscano de la Custodia de Tierra Santa, quien le prohíbe quedarse. E Iñigo, que es un niño espiritual, como todo fiel seguidor de Jesús de Nazaret, reconoce la voz de dios en la palabra del Superior legítimo. También eso es Pedagogía.

Mas... si también los proyectos espirituales que ha hecho, se le caen ¿qué queda ahora? Seguir ciegamente en alas de la providencia, que justamente ahora le va a hacer *saltar la frontera medieval y encarnarlo con el Renacimiento*.

5. De cara al Renacimiento

El viaje de regreso es desastroso, arrastrado el barco por la tempestad hasta dar en la costa italiana. A pie se encamina por Venecia

a Barcelona, sin mirar que en el Milapenaso se enfrentan los ejércitos español y francés de la infame guerra que... Pero las fronteras políticas y militares quedaron ya muy atrás en la experiencia de Iñigo y pasa sobre los dos frentes anhela por Cristo ser tenido por loco, *que por nosotros fue tenido por tal*, y vestir la *librea*, esto es el traje de servicio, de tan humilde Señor.

Aquel hombre rebosante de experiencia, a quien algo dice por dentro que tiene que dar a los otros de su riqueza interior, y hacerse apóstol de Jesucristo, se propone estudiar latín con los chamos de la escuela de Maestro Ardébol, a sus 33 años, y así poder entrar en la Universidad.

¿Cómo? se nos ocurre a nosotros, ¿otra vez a la gloria mundana?

Nada de eso. Aquella frontera quedó muy atrás. Ahora se trata de saltar la frontera de la ignorancia literaria, que reduciría notablemente la capacidad dialogal en su deseo de caminar *haciendo el bien a otros*. Su sentido práctico de hombre corrido, que pone al servicio de la *misión*, le dicta que eso se le facilita en la plataforma de la Universidad. Y allá va.

Lo que pasa es que aquella Universidad española es una frontera muy estrecha para al libertad de Iñigo, que enseña la reforma de la Iglesia por el *examen de conciencia*; y lo detienen tres y cuatro veces, y lo encarcelan. Lo cual le llena de gozo, porque puede imitar a *Jesús* tan a la letra.

¡Quién lo dijera! Alcalá y Salamanca se le vuelven chiquiticas a mendigo iletrado, y ha de emigrar a París, solo y a pie, con los libros de texto sobre el lomo de un asnillo.

Nueva frontera. Ya tenemos al hombre europeo en su propio escenario: La Universidad Sorbona, el centro de gravitación cultural del universo del Renacimiento.

Es punto capital para nosotros en la consideración del Taller. Saltador de fronteras, Iñigo es el hombre universal de su época: (Me permito recordar, de una época de hombres universales, que se dan cit en el XVI, como basta constatar en un manual de historia).

Iñigo es hombre universal en el espíritu, y abierto por tanto a os valore de humanidad que el renacimiento recupera, cansados los tiempos de aquel equilibrio cerrado de la cristiandad medieval.

Ignacio es humanista en sus *Ejercicios*, que son ejercicios de Humanidad desde el *Principio y Fundamento: El hombre es...* Y por tanto no desdeña los aportes que contribuyen al más completo crecimiento humano desde la Antigüedad clásica.

Y podemos añadir que hasta este punto de su vida ha hecho su gran experiencia *en seglar*, por más que el apostolado que proyecta le conduce al sacerdocio. Frontera esta que dejo del todo al padre Luis de Diego, en su precioso libro de tesis sobre esta concreción del derrotero ignaciano.

Iñigo convive con los humanistas de la época, aunque sea desde la condición de estudiante. Dialoga con Vives, lee a Erasmo, oye las tesis luteranas y calvinistas. Se percibe de la importancia crucial del momento, cuando al mundo se le ofrece el reto apostólico de *nuevos confines de evangelización, al tiempo que la Iglesia sufre de dentro la inminente fractura protestante*. ¿No le recuerda los tiempos de Benito de Nursia? Vive toda esta tragedia y confrontación y este bullir de la época en la salsa más picante de la Universidad de París.

Y es con amigos universitarios, de las mejores inteligencias de curso, con quienes planifica un proyecto de grupo apostólico, que sellan con voto privado en la colina de Montmartre. El genio universal de Ignacio tenía que fraguar en la *Universitas*. Y esto marcará indeleblemente a su Compañía.

6. Fundador y General

Ya se juntan en Venecia a los dos años: enero 1537. Aquellos colosos han pasado a pie la frontera de los Alpes, en clima de guerra y en pleno invierno. No piensan en fundar la Compañía, sino en ver *qué quiere Dios de ellos*, dispuestos a repetir la experiencia de Maestro Ignacio en Jerusalén. Pero esta vez la Providencia habla por la guerra turco-veneciana, que se lo impide. Se toman un año sabático de ministerios pastorales, “*escuela del afecto*”, que más adelante inspirará la Tercera Probación de los jesuitas.

Maestro Ignacio abunda en consolaciones espirituales, de las que destaca cual teofanía bíblica la recibida camino de Roma, cuando oraba a la Madre: —*¡Señora, ponednos con vuestro Hijo!* En su lugar responde el Padre Celestial al Hijo que lleva la cruz: —*Yo quiero que éste nos sirva*. Y Jesús comunica a Ignacio: —*Yo les seré propicio en Roma*.

EL NOMBRE DE JESÚS SE LE REVELA A IGNACIO DEFINITIVAMENTE, A TIEMPO QUE EL EJE *JERUSALÉN-ROMA: Jesús histórico – Cabeza de la Iglesia en el Papa romano* SE LE FUNDEN EN UN SOLO PUNTO, recuperado ya el París renacentista.

Falta un eslabón: Aparte nuestra obediencia al papa, quien conoce mejor las necesidades de la Iglesia Universal ¿mantendremos obediencia a uno entre nosotros? Es el punto central a dilucidar en las *deliberaciones*, que llevan a cabo durante tres meses en clima de Ejercicios, encerrados en el caserón de Antonio Frangipiani.

El *discernimiento comunitario* realizado modélicamente consta para la historia en el tomo 63 de *Monumenta Histórica Societatis Iesu*, bajo el título *Monumenta Constitutionum Praevia*, pp. 1-8.

No puede extenderme en él, como será oportuno hacerlo en previsión de posibles equívocos, que hicieran pasar por *discernimiento comunitario* lo que pueda ser una buena dinámica de grupos. Eso sería atraparnos en la frontera de nuestra ilusión, pues se trata de formulas realmente distantes por disposición y metodología.

El resultado de aquellos tres meses, abril-junio 1539, es llevado ante el Papa, quien decide la fundación de la nueva Orden.

Al posible engaño en la toma de decisiones la reticencia de Ignacio era proverbial. Oigan esto se trata de nombrar General a la nueva congregación, para lo cual se apartan cerca de una basílica de Roma. Todos coinciden con voto secreto en señalar a Maestro Ignacio. Pero él no lo ve claro. Nueva votación, el mismo resultado y rehusa de nuevo. Esta vez alguno amenaza con dejar. Ignacio se encierra a repasar su vida y repite el gesto de su conversión en una confesión general que dura tres días. Luego deja la papeleta de su voto en manos del confesor, quien escribe, para sorpresa suya: *Ignacio es el señalado*.

Ignoro si los jesuitas hemos meditado el significado de que la decisión para el primer Generalato de la Compañía la tomó un confesor franciscano. Si nos vamos a quedar en las explicaciones edípicas de Meissner ¡vamos bien arreglados!

En el recorrido relámpago de sucesos trascendentales, toca la redacción de las *Constituciones*, que concentran la atención de Ignacio durante algunos años, de los 16 que gobernará la Orden por el ancho mundo. Hoy ese tomo azul en nuestras manos, completado con las *Normas Complementarias* dictadas en el espíritu del Fundador por los órganos previstos en el Instituto, avalan la firmeza de una obra trazada para al perennidad, como lo hacía entonces Miguel Ángel Buonarroti con el cincel de Moisés o en los planos de la cúpula de San Pedro.

La imagen arquitectónica no me vale lo mismo para expresar la movilidad típica de la creación ignaciana. Frente al sentido de estabilidad tolomeica, tan benedictina, útil para una época, Ignacio capta el sentido de movilidad de la nueva cultura en gesto copernicano, reflejado espléndidamente en la estatua barroca que preside la Basílica de Loyola, obsequio de la real Compañía Guipuzcoana de Caracas.

7. La frontera de la inmovilidad

Hombres *para discurrir* —caminando— y hacer vida en cualquier lugar del mundo; *comunidad para la dispersión*, de apóstoles que llevan una Misión y van de una parte a otra, cosa apenas compatible con la alabanza coral. El santo de *la mayor gloria de Dios* se vio bien apretado para hacer entender que la nueva Orden no tendría oficio de coro.

No le aceptaban que atravesara la frontera de la inmovilidad, a una movilidad optativa, en cuanto que deja un margen de adaptación a *personas, tiempos y lugares*, con ser esta holgura de criterio la que dará perduración al Instituto a través de una sociedad móvil y cambiante.

La Compañía se hace en búsqueda permanente y en rompimiento de fronteras. La Orden fundada para hacer *el mayor bien a las almas*, percibe que el punto de gravedad de este *mayor bien* se desplaza hacia los colegios y Universidades; y surge la institución ignaciana de sus *centros educativos*, lo digo sin rebozo: la única comparable al monasterio benedictino en la construcción de Occidente cristiano, en tiempos de equivalente cambio de época.

La *Universitas* ignaciana y la universalidad de la empresa, que se proyecta ya en toda las direcciones del globo, con la nueva onda

del *big-bang*, se plasma en coherencia con las exigencias y los retos de los *nuevos confines del cosmos*.

Ya Jayo explica en Viena, Maestro Rodríguez en Évora y Coimbra, maestro Bobadilla en Messina, Láinez y Salmerón están en el concilio de Trento, Fabro camina por Alemania, Francisco de Borja da cátedra de Teología en Ingolstadt. Javier deja Bolonia, para evangelizar tan lejos como lleguen los navegantes, y remitir las más conmovedoras cartas: *Me vienen deseos de volver a las Universidades de allá, gritando como un hombre perdido el juicio, a los que tienen más letras que deseo de ayudarse con ellas: ¡cuánta gente se pierde en mundo por su negligencia!*

Es el sentido universal de universitario ignaciano.

El Directorio de Ignacio contiene 7.000 cartas escritas de un puño, que lleva el pulso de la Compañía. Abundan misivas a Príncipes, a obispos, a personalidades de la época, cuando no son planes completos para la fundación de centros, para misiones delicadas, para dar *modo de proceder* a los que actúan en las sesiones conciliares.

El fino discernimiento a su alcance le permite ver claro que no es cosa de caer en la nueva barbarie septentrional de romper la Iglesia por dentro, en vez de hacerle la reforma desde dentro. En tal sentido le sale a Lutero la horma de su zapato en Ignacio, sin que Ignacio actuara de suyo a la contra, pues él no se define por ninguna contra, siendo un espíritu creador en positivo. Podemos medir la firmeza de pulso de este nuevo timonel que apoya la navegación de la Iglesia hacia los nuevos tiempos.

De su diseño personal sale el Colegio Romano, base de la Universidad Gregoriana; y el Colegio Germánico para los que serán enviados a Norte europeo.

A la irreal pregunta de qué haría Ignacio en la actualidad sustituyamos la cuestión de hecho de cuál es la misión de una cadena de Universidades jesuíticas, de las que una veintena son AUSJAL latinoamericana.

8. Confines espaciales

Adentrándonos por los retos de un mundo que se entrecruza en la complejidad tehilhardiana y abre horizonte de Misión hacia los *nuevos confines espaciales, electrónicos o genéticos, virtuales, seculares y plurales, preguntémosnos cuales son las fronteras específicas que deba saltar la Universitas Universalis en la onda que nos toca del big-bang.*

Los profetas de los nuevos tiempos han solido ser de magnitudes extensas y abarcadoras, gracias a su genio y a sus dones místicos, que les permitían ser garantía de continuidad en el cambio histórico.

Ignacio y sus compañeros abrieron su perspectiva a las dimensiones modernas de al cultura, después de haber integrado el eje PARÍS-VENECIA renacentista al eje indeformable JERUSALÉN-ROMA de su raíz católica.

En épocas abiertas a nuevos espacios, tarea nuestra será, me supongo, integrar a la coordenada JERUSALÉN-ROMA de nuestra ascendencia cristiana, y a la coordenada PARÍS-VENEZIA expresiva de cultura occidental, la coordenada bolivariana de LOS ANDES, que tiene principio en al Pequeña Venecia, la verde y dilatada *VENEZUELA.*

Y la tarea nuestra será, desde la sociedad de los pobres, mayoría de la población del globo amenazada de supervivencia en dignidad, promover la integralidad católica (universal) de una SOCIE-

DAD DE AMOR —palabra del papa— sobre bases de justicia —palabra de la Congregación General— que es condición de toda posible Misión evangelizadora.

En cuanto a mí mismo, me pregunto si en el maratón de la exposición habré salido al paso a la trampa subrepticia de que *¡Bien se está Ignacio en su XVI, y nosotros a lo nuestro!*, lo cual sería en pedagogía jesuítica imperdonable error de método.

Examinemos juntos en espíritu de discernimiento qué fronteras nos cercan el corazón por egoísmo o la mente por cualquier tipo de prejuicio que nos impida estar a la altura de tan imprescriptible Misión de Universidad Universal en la interrogadora hora presente.

He dicho.